

A decorative rectangular frame with ornate scrollwork at the corners and midpoints of the sides. The scrollwork consists of elegant, flowing lines that curve and loop, creating a classic, artistic border around the central text.

*El infierno
en la tierra*

STEPHENIE MEYER

Gabe miró hacia el otro extremo de la pista de baile y frunció el ceño.

No sabía muy bien por qué le había pedido a Celeste que fuese con él a la fiesta, y menos aún por qué ella le había respondido que sí. Verla en aquellos momentos, tan abrazada a Heath McKenzie que éste debía de tener dificultades para respirar, no hacía más que aumentar sus dudas. Los cuerpos de ambos se habían fusionado dando lugar a una masa indivisible que se agitaba siguiendo un ritmo propio, que poco tenía que ver con el de la música que colmaba la sala. Las manos de Heath erraban por el deslumbrante vestido blanco de Celeste con notable audacia.

—Mala suerte, Gabe.

Gabe apartó la mirada del espectáculo que su pareja estaba dando y observó a su amigo, que se le acercaba.

—Hola, Bry. ¿Cómo te va la noche?

—Mejor que a ti, tío, mejor que a ti —repuso Bryan, sonriente. Levantó la copa, llena a rebosar de un ponche de

color bilioso, como para brindar. Gabe llevó la botella de agua que tenía en la mano hasta la copa de su amigo y suspiró.

—No tenía ni idea de que Celeste sintiese algo por Heath. ¿Qué pasa? ¿Es su ex o algo así?

Bryan bebió un sorbo de aquel líquido siniestro, esbozó una mueca y sacudió la cabeza.

—No, que yo sepa. Ni siquiera los había visto hablando antes de esta noche.

Ambos miraron a Celeste, quien, al parecer, había perdido algo muy querido en el interior de la boca de Heath.

—¡Uf! —dijo Gabe.

—Tal vez se deba al ponche —aventuró Bryan con ánimo de alentar a su amigo—. No sé si alguien le habrá echado algo en la copa, pero ¡ay! Es probable que no sea consciente de que está con alguien que no eres tú.

Bryan bebió otro sorbo y su expresión volvió a contraerse.

—¿Por qué bebes eso? —inquirió Gabe.

Bryan se encogió de hombros.

—No lo sé. A lo mejor porque espero que, después de haberme tragado el vaso entero, la música empiece a parecerme un poco menos patética.

Gabe asintió.

—Sí, el oído no perdona. Debí haberme traído el iPod.

—Me gustaría saber dónde está Clara. ¿Existe alguna ley femenina que les exija pasarse un tanto por ciento de la noche reunidas en el cuarto de baño?

—Así es. Y quienes no la cumplen se arriesgan a sufrir castigos ejemplares.

Bryan soltó una carcajada, pero fue momentánea. La sonrisa se le desvaneció, y estuvo un rato jugueteando con la corbata.

—En cuanto a Clara... —dijo

—No tienes por qué decir nada —afirmó Gabe—. Es una chica estupenda. Estáis hechos el uno para el otro. Estaría ciego si no lo viera.

—¿Seguro que no te importa?

—Te dije que la invitaras a venir contigo al baile, ¿no?

—Sí, me lo dijiste. Sir Galahad se anota otro tanto. Pero ahora en serio, tío, ¿es que tú nunca piensas en ti y sólo en ti?

—Claro, de vez en cuando. Oye, pero hablando de Clara... Más te vale que se lo pase muy bien esta noche o tendré que romperte la nariz —Gabe sonrió—. Ella y yo todavía somos buenos amigos, así que no creas que no voy a llamarla para preguntarle qué tal.

Bryan suspiró, pero, de pronto, notó un nudo en la garganta. Si Gabe Christensen pretendía romperle la nariz, no le iba a costar demasiado. A Gabe no le importaba arañarse los nudillos o ganarse un borrón en su expediente si ello servía para enderezar algo que, a su juicio, estaba torcido.

—Cuidaré de Clara —dijo Bryan, con la esperanza de que sus palabras no fuesen interpretadas como un compromiso. Había algo de Gabe y sus penetrantes ojos azules que le hacía sentirse... como si tuviera que dar lo mejor de sí mismo. De vez en cuando, se le hacía irritante. Con gesto asqueado, Bryan vació el resto de lo que que-

daba en el vaso sobre un musgo seco que adornaba la base de una higuera artificial—. Si es que llega a salir del servicio.

—Buen chico —aprobó Gabe, pero la sonrisa se le agrió. Celeste y Heath habían desaparecido entre la gente.

Gabe no sabía qué se debía hacer cuando a uno lo dejaban plantado en el baile de fin de curso. ¿Cómo iba él a responsabilizarse de que ella llegara a su casa sana y salva? Y ese Heath, ¿a qué se dedicaba?

De nuevo, Gabe se preguntó por qué había tenido que pedirle a Celeste que fuese con él a la fiesta.

Era una chica muy guapa, espectacular. Cabello rubio platino —tan poblado y suave que parecía pelusa—, ojos castaños y separados, y labios curvos y siempre tocados por un leve rubor. Los labios no eran la única parte curva en ella. Con aquel vestido ceñido y corto que se había puesto, hacía que Gabe perdiese la cabeza.

Sin embargo, él no se había fijado en ella por su aspecto. La razón había sido otra muy distinta.

Una razón estúpida, por cierto, y vergonzosa. Gabe jamás se lo contaría a nadie, pero lo cierto era que, de vez en cuando, percibía que una persona necesitaba ayuda. Que lo necesitaba a él, en particular. Había notado aquella inexplicable sensación al conocer a Celeste, como si, en algún lugar, bajo el immaculado maquillaje, la estilizada rubia estuviera escondiendo a una doncella en apuros.

Una razón muy estúpida y, obviamente, equivocada. En aquel momento, Celeste no parecía necesitar la ayuda de Gabe.